

EL MUNDO

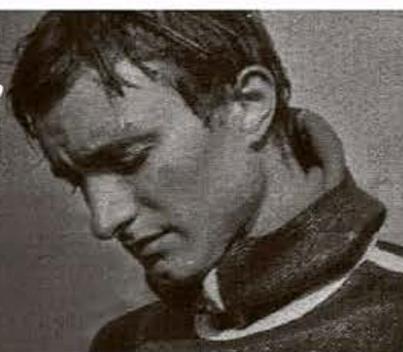
"La historia romántica es una historia falsa; ¿vendremos algún día en Cataluña una auténtica y objetiva historia?" (Josep Pla)

12 DE SEPTIEMBRE DE 2021, AÑO XXXIII, N.º 11.558, PRECIO 9€

'EL ITALIANO'

PREPUBLICACIÓN EXCLUSIVA
ADELANTO DE LA NUEVA NOVELA DE ARTURO PÉREZ-REVERTE P.62

UN MAPA DE VIDA
POR ANTONIO LUCAS



SÁNCHEZ FRENÓ EL PLAN DE EL PRAT PARA DAR UN TOQUE DE ATENCIÓN A ERC

"El presidente quiso mandar un mensaje: "Si queréis hacer política en serio, aquí estamos; si queréis jugar, hacelo solos", explican fuentes del Ejecutivo / La suspensión del proyecto podría reconducirse en los próximos días ante la presión del empresariado catalán

P.12 | LUCIA MÉNDEZ EDITORIAL P.03

CARTA DEL DIRECTOR | FRANCISCO ROSSEL | Mariaska o la mala saña de un peligro público | P.02



GÉNOVA BUSCA UNA TREGUA EN MADRID PARA QUE AYUSO NO ECLIPSE LA CONVENCIÓN DEL PP

P.14 | ANA ILLA IET



LA RETIRADA DE AFGANISTÁN DESLUCE LOS ACTOS DEL 11-S

Condoleezza Rice se une a Trump en sus críticas al presidente Biden: "Hemos perdido la guerra"

P.22 | PABLO PABLO EDITORIAL P.03



LA DIADA MÁS DIVIDIDA Y DESANGELADA

El independentismo no logra recuperar la calle en una protesta marcada por las críticas a ERC y a la mesa de negociación

VICTOR INDIELO
VOL DE LA TORRE
P.08

CRÓNICA

ENCONTRAMOS EN BARCELONA A LA IMPOSTORA DEL 11-S TRAS 20 AÑOS DE OCULTACIÓN

ALICIA ESTEVE NI SIQUIERA ESTABA EN NUEVA YORK, PERO SE HIZO PASAR POR VÍCTIMA

P.33 | ANDRÉS LOZANO

LOS DEMONIOS DEL OBISPO DE LA MADRID
XAVIER NOVELL DEL EUROMILLONES

P.36 | LEYRE HOLESIAS

LA MALA FORTUNA DE LA GANADORA DEL EUROMILLONES

P.46 | CARLOS FRESNEDA



105 PRESENTAL

CABARET FESTIVAL

HERNÁN GONZÁLEZ MAIRENA DEL AJALÁFE

ELLA BAILA 10 SEPTIEMBRE	NIÑA PASTORI 11 SEPTIEMBRE	ROZALÉN 12 SEPTIEMBRE	EL BARRIO 17 SEPTIEMBRE
ANTONIO OROZCO 18 SEPTIEMBRE	EL KANKA 23 SEPTIEMBRE	AITANA 24 SEPTIEMBRE	VANESA MARTÍN 25 SEPTIEMBRE

WWW.CABARETFESTIVAL.ES



FESTIVAL DE VENECIA
PENÉLOPE CRUZ SE HACE MITO AL ALZARSE CON EL PREMIO A LA MEJOR ACTRIZ

P.95 | LUIS MARTÍNEZ



PREPUBLICACIÓN

Arturo Pérez-Reverte narra en su nueva novela la historia de un grupo de buzos de combate italianos que, durante la Segunda Guerra Mundial, atacaron 14 barcos aliados en Gibraltar y la bahía

de Algeciras. Ese hecho real es el motor de 'El italiano' (Alfaguara), que se publica el próximo 21 de septiembre y del que EL MUNDO ofrece un adelanto exclusivo seleccionado por el autor

EL ITALIANO

Es el perro el primero que intuye algo, pues alza las orejas y luego la cabeza que reposaba entre las patas, mira hacia la puerta y gruñe suavemente mientras Elena deja el libro que tiene en las manos y presta atención.

—Calla, Argos. Tranquilo... Cállate.

Nada se oye, pero el animal sigue inquieto. Se levanta ella, apaga la luz del flexo, abre la puerta y sale a la oscuridad del pequeño jardín, justo cuando un rumor lejano empieza a oírse procedente de la cercana sierra Carbonera. Un momento después, un rugir de motores a baja altura atruena la noche mientras sombras fugaces sobrevuelan la casa dirigiéndose a Gibraltar, iluminado sólo por la luna.

Otra vez, piensa ella. De nuevo están ahí, en el cielo.

Hacía diez noches que no venían.

Retrocede insegura, buscando protegerse junto al muro de la casa, con el perro, que tiembla pegado a sus piernas, mientras ve cómo las rápidas siluetas negras ganan altura sobre la bahía, al tiempo que la masa oscura de la colonia británica se enciende con una docena de finos y larguísima haces de luz blanca, reflectores que oscilan y se entrecruzan en el cielo como en una extraña fiesta luminosa. Por un momento uno de ellos ilumina la forma negra de un avión y luego la de otro, antes de perderlos. Después, inmediatamente, rápidos resplandores empiezan a reventar salpicando el cielo: explosiones de artillería cuyo sonido seco, monótono, tarda unos segundos en oírse. *Bum, bum, bum*, hacen. *Bum, bum, bum, bum, bum*. También hay trazos blancos y azulados que ascienden despacio y se extinguen en el aire o caen reflejados en el agua, recortando en contraluz las siluetas de los barcos fondeados. Y un instante después, los fogonazos de las bombas que impactan en el Peñón destellan con resplandores naranjas y un retumbar sordo que Elena siente en los tímpanos y en el pecho.

Apenas dura un minuto. De pronto cesan las explosiones de las bombas y la artillería antiaérea, los reflectores

aún oscilan unos segundos rastreando el cielo vacío y se apagan uno tras otro devolviendo la noche al relucir de las estrellas y la luna. La enorme roca torna a ser una masa oscura cuya única luz es ahora el punto rojizo, preciso y distante, de un incendio que parece arder por la zona del puerto gibraltareño. Y la calma vuelve a la bahía.

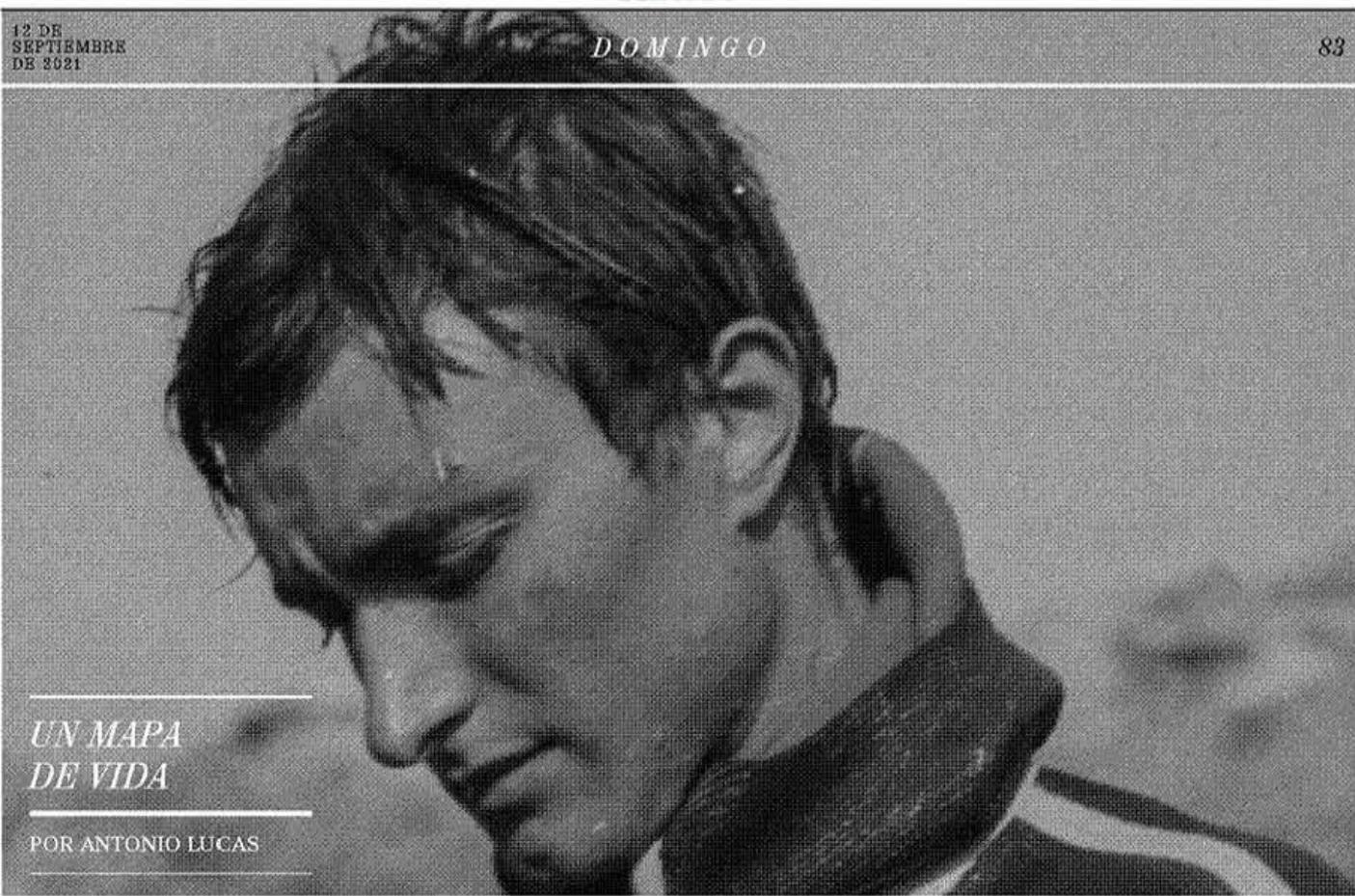
Entra Elena en la casa y oprime el interruptor del flexo para seguir leyendo, pero se ha ido la luz. A tientas, con la facilidad de la costumbre, coge una caja de fósforos, levanta el tubo de vidrio de un quinqué de petróleo, regula la ruedecilla y prende la mecha. La luz entre amarilla y naranja ilumina el saloncito, los libros en sus estantes, el aparador con loza y botellas, la mecedora, la mesa y la alfombra sobre la que Argos ha vuelto a tumbarse con indolencia. También alumbraba un viejo cuadro en la pared, sobre el sofá, cuyo lienzo craquelado muestra un velero que intenta ganar el puerto entre las olas de un temporal. Y una foto en un marco, sobre la mesa de trabajo: Elena tres años más joven, del brazo de un hombre moreno y apuesto que viste uniforme de la marina mercante, gorra bajo el brazo y galones de piloto en las bocamangas.

Ya no tiene ganas de seguir leyendo.

No, desde luego, esta noche.

Así que ni siquiera lo intenta. Permanece de pie en el centro de la habitación, contemplando la fotografía. Sumida en el sabor amargo y dulce de la memoria aún reciente, todavía en carne viva. En los recuerdos y sensaciones físicas, lejanos pero no olvidados. Aunque, concluye, dos años después la soledad no es tan terrible como al principio, más vivo el dolor, llegó a esperar. O a temer. La templa el discurrir apacible de los días, el trabajo, los libros, el mar cercano, la compañía del perro, los largos paseos, los amigos situados a una distancia adecuada, la libertad de espíritu sin grandes afectos: ni siquiera, muy distante, el de su padre —una carta a veces, alguna fría llamada telefónica—, que envejece tras las zozobras de la guerra en Málaga, a casi dos-

ARTURO
PÉREZ-
REVERTE



UN MAPA DE VIDA

POR ANTONIO LUCAS

Arturo Pérez-Reverte, que a finales de los años 60 se adiestró en actividades subacuáticas en el Centro de Buco de la Armada de su ciudad natal, Cartagena, traslada parte de su experiencia a 'El italiano'.
CORTESÍA DEL AUTOR

Puede que esta sea la novela a la que Arturo Pérez-Reverte tenía que llegar. La que fue alimentando mientras frecuentaba otras historias, armaba otros libros, acumulaba vida y lecturas. Nunca le han faltado temas para escribir, pero sólo en *El italiano* ha querido volcar de golpe ese puñado de asuntos que en verdad le importan y que tienen que ver con los instintos, con la lealtad, con la cuota de razón y sinrazón que empuja algunas existencias. Con algunas sospechas tremendas.

Alrededor de una trama de amor, mar y guerra, en 400 páginas, concreta no sólo una aventura apasionada, sino un mapa precisa geografía de obsesiones propias que de repente toman sentido como un mapa de todo lo recorrido hasta ahora, en la literatura y en lo otro. Pero hay algo más: la exploración de unos

contornos humanos que son el retablo del novelista dispuesto a no aceptar lo irremediable, pues aquí lo que importa no es la guerra, ni sus miserias, ni sus torpes heroísmos sublimados, sino la elegancia de saber abandonar demasiadas cosas para lograr exactamente una. Vivir como había que vivir.

Algo de la trama la encontrarán en la contraportada del libro (y con más precisión, leyéndolo). Sucede en los años 1942 y 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando un equipo de buzos de combate italianos hundió o dañó 14 barcos aliados en Gibraltar y la bahía de Algeciras. Un puñado de hombres contra una flota. Colaboradores del fascismo contra los ingleses. Ese es el contexto, pero el fondo es otro: viene de un amor imprevisto entre una joven librera de 27 años y uno de esos

tuffatore, viene de certezas, abandonos y heridas que no logran quebrantar la dignidad; viene de cómo cristaliza una pasión —en el cruce de dos ideologías enemigas— y ésta determina hasta su extremo algunas biografías; viene de la complejidad de ciertos seres dispuestos a romperse el alma por causas que buscan paz en la propia destrucción; viene del compromiso y de las dudas; viene de ese lugar de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico; viene del mar.

Hay libros capaces de enclavijar al lector a la realidad mientras empujan a adentrarse en lo más insólito del mundo. Porque la vida se concreta mejor en lo pequeño. *El italiano* es uno de ellos. Sabemos (o descubrimos) que todo lo que explora ocurrió, pero a la vez algo pertenece a la más alta tradición de lo que

puede ser inventado. Lo mejor de algunas novelas perfectamente rematadas es que, en su travesía, nos acercan un poco más a la vida cambiando las cosas de lugar, y despliegan las tenebrosas trampas que la instigan.

El italiano es también un secreto guardado por las horas. Y ahí es donde surge otro de los grandes personajes del libro: la memoria. Porque recordar es habitar las sombras. Sujetarse de otro modo, con más aviso. Por eso el autor también infiltra en estas páginas sus heridas internas de guerra.

Veinte novelas después, Arturo Pérez-Reverte ha fijado, fiel a los hechos, esa historia que le contó su padre y que habla, además, de la necesaria revancha de algunos naufragios que ocurren, como en la literatura, más allá del mar.



PREPUBLICACIÓN
EL ITALIANO

ARTURO PÉREZ-REVERTE



VIENE DE PÁGINA 82 cientos kilómetros de allí. Hay, incluso, alivio en la ausencia de lazos próximos, de vínculos íntimos con sus perplejidades y miedos. Alivio y también fortaleza. Es poco lo que se teme cuando es poco lo que se espera, más allá de una misma. Cuando, en caso necesario, la vida cabe en una maleta con la que poder alejarse de cualquier paisaje sin necesidad de mirar atrás.

Sólo Argos, piensa. Y entonces se inclina para acariciar al perro, que al sentir su mano se vuelve patas arriba para que le rasque la tripa. Sólo él y esa figurada maleta. Un mundo neutro, cómodo, desprovisto de sorpresas y emociones. Fácil de transportar y de habitar, allí o en cualquier otro sitio.

Y sin embargo, concluye. Sin embargo.

Tras reflexionar un momento, se dirige al aparador y abre un cajón. Los tres extraños relojes que el hombre que salió del mar llevaba consigo están allí desde entonces. Ella se los retiró de las muñecas mientras lo atendía, y ni él ni quienes fueron a buscarlo pensaron en cogerlos cuando se fueron. Se llevaron el cuchillo pero olvidaron eso. Los descubrió en el suelo cuando ya se apagaba el ruido del automóvil, y estuvo un rato estudiándolos antes de guardarlos en el cajón, ocultos bajo unas

servilletas y manteles doblados, a la espera de que alguien viniese y los reclamara. Pero nunca vino nadie, y ahí siguen, dos meses después.

Los saca y los contempla otra vez. Se trata de un reloj, una brújula y otro aparato cuya utilidad le resulta desconocida. Los tres son de acero, con correas de goma. La brújula consiste en media esfera de plexiglás y un cuadrante con los puntos cardinales que flota en su interior. La esfera negra del reloj muestra la inscripción Radiomir Panerai; y sus marcas, como en los otros, son fluo-

rescentes, visibles en la oscuridad. El tercer instrumento tiene una escala de cifras que tal vez indiquen presión, o profundidad.

Se sienta con los tres instrumentos en el regazo. El hombre hallado en la orilla del mar y el que reconoció por la mañana en Algeciras se funden en su cabeza, perturbándola cual si se acercase insegura a un acantilado o un pozo que la inquietaran y atrajesen al mismo tiempo: un misterio por desvelar, el cabo suelto de un enigma. Ahí afuera hay una guerra, otra más, o tal vez siem-

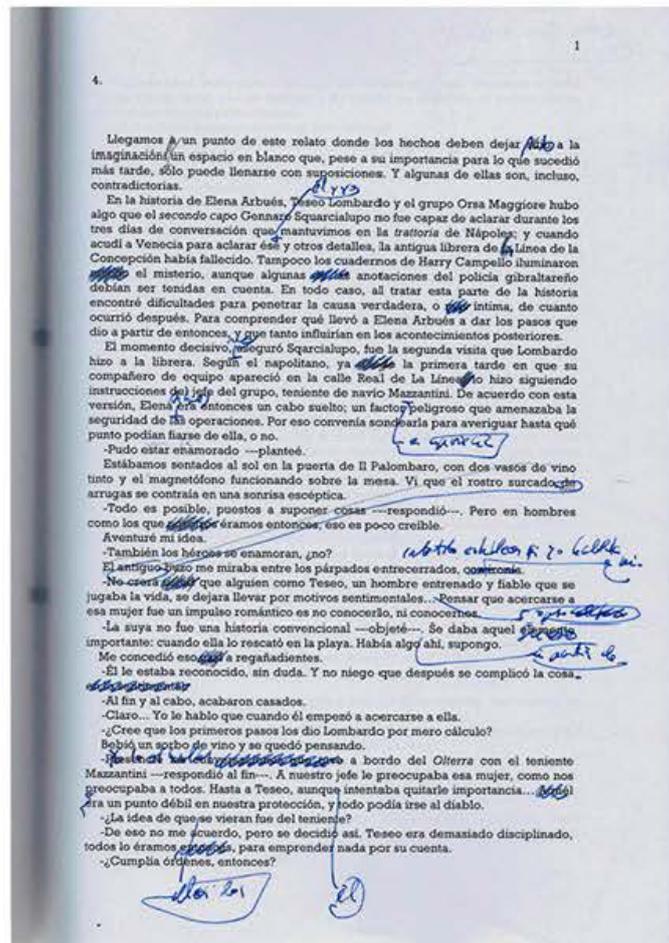
pre sea la misma; y los tres relojes que tiene en las manos, el italiano reencontrado cerca del puerto, su secreto —es indudable que lo hay, o lo sigue habiendo— forman parte de ella. Intuye que si no devuelve esos relojes al cajón y se olvida de quien los llevaba, si continúa adelante con la idea que poco a poco define sus intenciones, ella misma pasará a formar parte del oscuro entramado. De las bombas y los reflectores engañosamente lejanos que iluminaron Gibraltar hace un momento.

A fin de cuentas, decide, no soy yo quien habrá ido al encuentro. Ya vino la guerra a mí sin que yo la buscara. Hace más de dos años en Mazalquivir, hace dos meses en el amanecer de la playa,

hace unas horas en Algeciras. Curiosas geometrías de la vida. Hay cosas que ocurren solas, concluye. Tal vez porque alguna regla oculta determina que deben ocurrir. Y tres veces son demasiadas para considerarse al margen.

Sonríe absorta, con cierto asombro, sin darse cuenta de esa sonrisa. Sentada en su casa a la luz del quinqué, el perro echado a sus pies y los tres relojes en el regazo, Elena Arbués acaba de decidir que la guerra que creía ajena vuelve a formar parte de su vida.

Ahora necesita saber, y piensa hacerlo.



Página de la primera versión de 'El Italiano'. Pérez-Reverte siempre encuaderna el texto original de sus novelas para anotar sobre él los últimos cambios. EL MUNDO